

—Yo, por mi parte,—dijo Fonseca,—no doy crédito á sus versiones. Tal vez el amor propio herido... Pero de todos modos, me parece que vuestra majestad debe recibir á los viajeros.

El rey manifestó que deseaba verlos, y Fonseca envió inmediatamente órdenes á Sevilla para que se trasladaran á Valladolid.

El rey comunicó á la reina las noticias que le habia dado Fonseca.

Tampoco la egregia Isabel pudo dar crédito á las noticias que llegaban de la colonia.

Sin embargo, Margarite y el padre Boil merecian toda su confianza, el primero por habersele recomendado muy eficazmente Colon, y el segundo porque tenia de sus virtudes y de su talento la mejor opinion.

Los soberanos desearon con ansia oír á los recién llegados.

Aguado, aleccionado por el obispo Fonseca, se apresuró á ir á palacio, y manifestó á los reyes que tambien habian llegado á su noticia aquellos rumores; pero que desde luego los consideraba una calumnia.

Todo esto se comentó en la ciudad, y por de pronto se pusieron en duda por algunos las cualidades y hasta la lealtad del almirante.

El padre Boil, Margarite, Bernal Diaz de Pisa, Alonso Velez de Guzman y los demás que habian regresado con ellos á Valladolid, fueron inmediatamente llamados á palacio.

Capitulo XXX.

Los calumniadores.

Recibidos por los reyes, se presentaron muy humildes, y el padre Boil, como el más autorizado, hizo uso de la palabra.

—Hemos cometido un acto de rebeldía,—dijo;—pero hemos cumplido un deber de conciencia; y como estamos seguros de haber obrado bien, nos presentamos á vuestras majestades para que se dignen mandar abrir una informacion sobre las acusaciones que nos creemos en el caso de fulminar contra el almirante. Mientras tanto, nos entregamos al tribunal que tenga á bien juzgarnos para sufrir el castigo que nosotros merecemos.

Este lenguaje en boca del jefe de los misioneros que habian ido á las Indias, de un eclesiástico cuyas

virtudes nadie podía poner en duda, produjo una gran sensación en los reyes, y variando de aspecto, convirtieron su severidad en interés.

—Para juzgaros,—dijo el rey,—es necesario oiros. Hablad con entera libertad; decid las quejas que teneis contra el almirante, emitid fiel y lealmente vuestra opinion, y en vista del todo decretaremos lo que proceda.

El padre Boil, con estudiada sumision, se expresó en estos términos:

—No es mi ánimo culpar al ilustre marino que ha merecido sin duda, puesto que la ha alcanzado, la magnánima proteccion de vuestras majestades. Aunque las apariencias le condenan hoy, por mi parte creo que las desdichas que hemos sufrido, y las penalidades que todavía sufren los que aún quedan por allí, son hijas, más que del almirante, de su obcecacion, de sus ilusiones. Pero no por eso es ménos digna de censura su conducta.

—¿Qué desgracias son esas á que aludís?—preguntó la reina.

—Gracias á un largo y penoso viaje, arribamos á algunas islas mandadas por caribes. La mayor parte de los pobladores de aquellos territorios que se levantan en medio del Océano pertenecen á esa raza antropófaga, de la que algunas muestras han podido ver sus majestades en los indios que há poco envió Colon.

—Pero no todos son así. Las cartas de Colon confirmadas por las reseñas del doctor Chanca, que le

acompaña, dicen que los moradores de la Española son afables, pacíficos.

—Son más astutos que los caribes, pero en el fondo no se diferencian de ellos. Comprenda vuestra majestad cuál sería nuestro asombro y nuestra indignacion al ver en las cabañas que visitamos miembros humanos puestos á secar para aparecer condimentados en los banquetes de los caribes.

Con horror contemplábamos aquellas madrigueras de tigres; pero nos sostenia la esperanza que nos habia hecho concebir el almirante de que al llegar á la Española hallaríamos tímidos corderos en los que la habitaban. Lejos de nuestra patria, entregados á las olas, deseábamos al fin llegar á las orillas en donde se levantaba la fortaleza de la Navidad. Llegamos en efecto, deseosos de estrechar en nuestros brazos á los españoles que allí se habian quedado. Ya saben vuestras majestades que no encontramos más que cadáveres, que la fortaleza era un monton de escombros.

Hay situaciones en las que las medidas que más violentas parecen pueden ahorrar grandes desgracias.

Todos aconsejábamos á Colon que impusiese un severo castigo á los que de aquella manera tan indigna habian abusado de sus fuerzas; á los que habian faltado á su palabra; á los que despues de brindar á los españoles franca y amistosa hospitalidad, los habian asesinado cobardemente.

Un simulacro de batalla hubiera bastado para amedrentar á los indios, para someterlos, y entonces

la religion hubiera subsanado todos los daños ocasionados por las armas. Amedrentados por el prestigio del triunfo, hubiéramos pedido los misioneros internarnos en el seno de la isla, predicar la verdadera fé, inculcar en el alma de aquellos idólatras los principios de la fé y de la caridad, y despues de haber visto en nosotros unos conquistadores valientes, hubieran bendecido á la Providencia por llevarnos á su lado para ofrecer á su alma los muchos y esplendentes horizontes de la civilizacion cristiana.

—¿Y aconsejásteis á Colon que observara esa conducta?—preguntó la reina.

—No fui yo solo; todos mis hermanos en Cristo, hasta los mismos capitanes de las carabelas y los valientes soldados que le acompañaban, opinaron que su benevolencia podia muy bien parecer á los indios debilidad, y que era de todo punto indispensable, para que apreciaran la bondad en lo que valia, que reconocieran en nosotros la fuerza necesaria para avasallarlos.

—Digno de vuestra fama de hombre docto es el consejo que dísteis al almirante.

—Desgraciadamente no lo aceptó. Nuestro jefe, más celoso de defender sus prerogativas que de sacrificarlas á la conveniencia, insistió en creer que Guacanajari era leal aliado nuestro, y que seria más conveniente para la realizacion de nuestros planes dejar sin castigo los espantosos crímenes cometidos por los indios en la primera fortaleza de los españoles, y agasajarlos para despertar en su alma el sen-

timiento de la amistad y evitar la efusion de sangre.

—Reconozco en ese caso,—dijo la reina,—á nuestro muy querido almirante.

—Yo tambien elogí su determinacion. ¿Cómo habia de rechazarla, siendo ministro de un Dios que es todo bondad, todo misericordia? Pero aquellas medidas, que en un pueblo cristiano, tratándose de seres racionales, hubieran producido buenos efectos, tenian que parecer á los naturales del país impotencia, miedo; tenian que envalentonarlos. Cuando la razon y la fuerza luchan en condiciones tan desiguales, alcanza siempre el triunfo la primera.

—Sin embargo, las noticias que nos ha comunicado el almirante prueban que es grande su prestigio. Ha escogido sin obstáculo alguno el paraje que le ha parecido mejor para fundar una colonia; ha encontrado madera y piedra para fabricar los edificios, ha podido establecer algunas fortalezas en el territorio de los caciques que les son más hostiles. Algunos de sus capitanes han hecho expediciones al interior de la isla, y el resultado de sus exploraciones es bastante satisfactorio.

—Mucho podria decir en contra de esas aseveraciones, si no me lo impidiese el respeto que como vasallo leal debo á mis reyes.

—Os hemos permitido hablarnos con franqueza,—dijo la reina.

—Sí, sí,—exclamó el rey;—necesitamos saber la verdad.

—Pues la verdad, señor, y pongo por testigo á

cuantos me oyen, es que las ventajas que se promete el almirante de su empresa son completamente ilusorias.

Acabamos de abandonar las playas en donde se habia establecido la fortaleza de la Navidad, porque eran mal sanas, porque los españoles caian en ellas heridos por mortales enfermedades, y sucumbian en medio de la más espantosa desesperacion.

Nos trasladamos á la Isabela, pintoresco país cubierto de flores, pero lleno tambien de espinas. La humedad del terreno, la escasez de los alimentos, las variaciones de la temperatura, han sido causa de que desde el primer momento estén enfermos la mayor parte de los españoles. ¿Y saben vuestras majestades lo que es estar enfermo en un país extraño, sin medicamentos para cortar los progresos del mal, sin recursos, lejos de la patria, sin el cuidado de la familia, con el convencimiento de lo inútil de la empresa, porque si algun oro hay en la isla está en el seno de las montañas, verdaderos baluartes que nunca podrán arrebatarse á los españoles á los indios que las defienden, indios los más formidables, los más aguerridos, los más audaces de todo el territorio.

—Sin embargo, las muestras que ha enviado Colon...

—Precisamente viene con nosotros un hombre práctico,—dijo el padre Boil—Vuestras majestades tienen delante á Fermin de Cado, gran conocedor de metales.

—Habla, habla,—dijo el rey, dirigiéndose á él.

—El oro,—dijo Fermin de Cado,—no compensará nunca los gastos hechos en los viajes, porque no se le encuentra más que entre las arenas de los rios, en muy pequeña cantidad, y seria necesario para que produjera algo convertir á todos los habitantes de la isla en buscadores de oro; y aun así, despues de cernido, desecado y fundido, no valdria nunca lo que vale la gran mina de los portugueses.

—¿Estais conformes con la opinion que acabais de escuchar?—pregantó el monarca.

Todos los circunstantes se apresuraron á contestar afirmativamente.

—Nada hay más cierto por desgracia,—añadió el padre Boil.—Jamás producirá la isla lo que ha costado descubrirla, y la mejor prueba de ello la tienen vuestras majestades en el viaje que ha emprendido Colon para explorar otras islas y ver si encuentra en ellas oro.

Aquel argumento era de mucha fuerza.

—Si hemos tomado la resolucion de volver, si aprovechándonos de su ausencia nos hemos apoderado de una de las carabelas que llevó su hermano Bartolomé, ha sido con el objeto de hacer un bien á nuestra patria, y hasta de poner término á las zozobras, á las angustias, á los tormentos del almirante, porque su verdadera situacion es lastimosa.

Ha realizado hasta cierto punto su pensamiento; ha descubierto en medio del Océano la tierra que soñaba, sin detenerse á explorarla; creyendo haber puesto la mano en un tesoro, volvió á España en

donde la estimacion general contribuyó á su triunfo.

El pobre extranjero, que algunos años antes habia llegado á nuestro país implorando la caridad pública, se presentaba á los ojos de todo el mundo pagando la deuda de gratitud que habia contraido, ofreciendo en cambio de la limosna que habia recibido un Nuevo Mundo á la corona de España.

Esta primera conquista hizo creer que los sacrificios de la segunda expedicion hallarian recompensa. Se fletaron buques; ilustres capitanes, que habian ganado fama de valientes en las luchas contra los moros, formaron parte de la expedicion, y hay quien espera verle volver muy pronto con todos los navios cargados de oro y piedras preciosas.

El lo sabe: al llegar vió que su triunfo no era tan grande como se habia figurado.

Los humildes habitantes de la isla se habian convertido en asesinos de los españoles; el oro que se prometia hallar en gran abundancia habia desaparecido de su vista.

El Oasis, la tierra de promision que ha creido encontrar, era un verdadero cementerio, en donde cada uno de los que le acompañaban tenia abierta una fosa.

—Todo eso es horrible,—exclamó la reina.

—Proseguid, proseguid,—dijo don Fernando.

—Es la triste verdad,—añadió el padre Boil;—pero el almirante no podia volver á decir á la nacion que le habia aclamado: «He padecido un error. Lo que yo supuse mansion de vida es mansion de muer-

te; la humildad de los indios, es astucia y maldad. El oro es una quimera; renuncia á tus esperanzas. Humillate despues de la controversia que has sostenido contra Portugal, ante esta nacion que, á tus soñadas conquistas del Océano, puede oponer sus brillantes descubrimientos en el Africa.»

Vuestras majestades comprenden que antes de hacer estas confesiones prefiere el hombre pasar por todo.

—La duda, el martirio, el abatimiento,—dijo Margarite, que hasta entonces habia callado,—obligó al almirante, tan bondadoso con los indios, á ser cruel con ellos.

Sé que le debo muchos favores; sé que apareceré á los ojos de vuestras majestades como un ingrato, pero el deber es lo primero.

Los que estábamos á su lado veíamos lo estéril de sus expediciones, le aconsejábamos que volviéramos y renunciáramos á la conquista; pero á todas nuestras indicaciones contestaba con el mayor desden, y juzgando rebeldía en nosotros lo que era patriotismo, no tardó en malquistarse con todos los nobles.

—Obligó á trabajar á los hidalgos en la fabricacion de las casas, igualándolos á los simples menestrales,—dijo Alonso Velez.

—Yo,—añadió Bernal Diaz,—he permanecido mucho tiempo arrestado por haber defendido los fueros de los nobles, á quienes obliga á trabajar.

—Y lo más inaudito,—prosiguió el padre Boil,—

es que obligó á trabajar á los misioneros, á pesar de las enfermedades que padecian; y en las épocas más calamitosas, en los momentos en que las provisiones escaseaban, les rebajó la racion, amenazándoles, al dirigirle reclamaciones, con castigos indignos, que los desprestigiaban á los ojos de los que debian ver á todas horas en ellos á los sacerdotes de su fé.

De todos modos, hubiéramos sufrido con resignacion tan cruel martirio; pero al abandonar nosotros la isla, hacia ya algunos meses que habia partido Colon con algunas carabelas para descubrir nuevas islas, y no volvia.

Las enfermedades se aumentaban; las provisiones disminuian por momentos; la desesperacion de los colonos no tenia limites, y en este duro trance, jugando el todo por el todo, resolvimos venir á elevar nuestros quejas á los piés del trono, para que se ponga pronto remedio á tantos males.

De lo contrario, si, como es de presumir, ha perecido Colon con los que le acompañaban, nuestros hermanos, ó á manos de los indios ó víctimas de sus enfermedades, perecerán despues de una horrorosa agonía.

Con asombro escucharon los reyes las acusaciones de Colon.

Las apariencias le culpaban.

Por otra parte, ¿cómo habian de aventurar noticias de aquel género hombres tan respetables como el padre Boil, capitanes tan distinguidos como Margarith y Bernal Diaz de Pisa?

Los encarnizados enemigos del ilustre marino se guardaron muy bien de referir las verdaderas causas que habian impulsado á Colon á tomar aquellas medidas violentas, y sus palabras influyeron poderosamente en el ánimo de los reyes contra el almirante.

—Retiraos,—les dijo el rey,—en la seguridad de que pondremos eficaces remedios á tantos males.

El resultado de aquella entrevista se divulgó por la ciudad.

La envidia afló sus armas.

La reputacion de Colon sufrió un ataque rudo.

Aguado continuaba calificando de exajeradas las versiones de los recién llegados.

Fonseca, por su parte, aparentaba tambien ser favorable á Colon; pero por debajo de cuerda procuraba realizar sus designios.